

[Publicado previamente en: *La Baja época de la cultura ibérica. Actas de la mesa redonda celebrada en conmemoración del décimo aniversario de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, Madrid 1981, 17-29. Editado aquí en versión digital por cortesía del autor, bajo su supervisión y con la paginación original].
© José María Blázquez

El mundo ibérico en los siglos inmediatos al cambio de Era

José María Blázquez Martínez

Antes de analizar el impacto de la presencia de los Bárquidas y de los Romanos en el levante ibérico y su repercusión en la cultura ibérica, es conveniente examinar brevemente la etapa inmediatamente anterior, un siglo o siglo y medio antes ¹.

Se desconoce la repercusión del tratado romano-cartaginés del 509 a.C. en la Península Ibérica (Pol., III, 23). Es muy probable que de momento no tuviera ninguna influencia. A finales del siglo V a.C. hubo grandes destrucciones, por lo menos en el sudeste hispánico y posiblemente también en Oretania, que quizás se debieran a los cartagineses. En la necrópolis del Cigarralejo hay materiales arquitectónicos destruidos violentamente en esta fecha, que después se reutilizaron en tumbas, de comienzos del siglo IV a.C. En Obulco, parece que la fabulosa escultura aparecida recientemente, y aun inédita, fue destruida poco después de ser hecha, hacia finales del siglo V ó comienzos del siguiente.

El Segundo Tratado entre Roma y Cartago, 348 a.C.

En este tratado se delimitan nuevamente las áreas de influencia de las dos potencias rivales en la Península Ibérica. El contenido del tratado, según Polibio (III, 23), era el siguiente: «Sobre estas condiciones habrá amistad entre los romanos y los aliados de los romanos, con los cartagineses, tirios, uticenses, y sus aliados. Más allá del Kalon Akroterion y de Mastia de Tarsis los romanos no podrán hacer presos, ni comerciar, ni fundar ciudades. Si los cartagineses se apoderaran de alguna ciudad del Lacio no sometida a

los romanos, quedarán con el dinero y los cautivos, pero dejarán la ciudad. Si los cartagineses tomasen gentes con las cuales los romanos hubieran pactado paz, aunque no estuvieran bajo su imperio, no las llevarán a las puertas de los romanos, y si alguna fuese llevada, y un romano la tomare, quedará libre. A lo mismo se atenderán los romanos. Si algún romano tomare agua o víveres en alguna región sometida a los cartagineses, no hará con el pretexto de las provisiones, injuria alguna a los que están unidos en paz y amistad con los cartagineses. Si, por el contrario, alguien lo hiciere, se considerará injuria pública. En Cerdeña y en África, ningún romano comerciará, ni establecerá poblado, ni desembarcará en ella, si no es para aprovisionarse o para reparar su nave. Si es llevado por una tempestad, dentro de cinco días debe partir. En la parte de Sicilia sometida a los cartagineses y en Cartago, un romano puede vender y hacer todo aquello que es lícito al ciudadano. Igual derecho tendrá un cartaginés en Roma.» Roma en este momento no era la ciudad de poca importancia del 509 a.C. Había rechazado a los galos, ampliado considerablemente su territorio en Etruria, fundado colonias en territorio enemigo, vencido a sus encarnizados enemigos los volscos, y concluido la alianza con los samnitas. Se había convertido en la mayor potencia de Italia. Para Cartago el tratado era ventajoso, pues Roma no tenía ningunos intereses mercantiles fuera de la Italia central, ni la posibilidad de desarrollar un comercio de cierta envergadura. Hasta después de la Primera Guerra Púnica no contó con flota. La marinería, que venció a Cartago en las Islas Egadas, era la de los griegos aliados; se entrenó en gran parte en seco. El tratado dejaba las manos libres a Cartago en todo el sur de la Península Ibérica, hasta Cartagena, por donde se encontraba Mastia de Tarsis, la región rica en minas, tan necesarias para pagar las tropas mercenarias, que sacaba de Iberia, en las costas de Libia, en Cerdeña y en Sicilia. A Marsella, la aliada de Roma, le quedaba para comerciar el sur de la Galia y toda la costa levantina, asiento de las colonias Ampurias, Rosas y Hemeroscopion. El tratado se firmaba en un momento importante para Cartago, cuando intentaba nuevas relaciones con Tiro y con Egipto, y recuperar en Sicilia el perdido prestigio.

En cambio, desde finales del siglo IV o poco después, se arrasaron una serie de poblados ibéricos, de cuya destrucción y consiguiente abandono muy probablemente fueron causa los cartagineses, ya que, salvo éstos, nadie podía arruinar estos poblados, algunos de ellos fuertemente defendidos. A los cartagineses, esto era fácil, por el

empleo de máquinas de asedio, que utilizaron con tanto éxito, a veces, contra los griegos sicilianos. Así en la Segunda Guerra Greco-Púnica, en el asalto y toma de Selinunte, 409 a.C., el general cartaginés Aníbal levantó seis enormes torres, que dominaban las murallas, que fueron abatidas por seis arietes con cabezas de hierro (Diod., XIII, 55) y en Himera utilizó torres y minas (Diod., XIII, 59). Durante la Tercera Guerra Púnica (397-395) Himilcón construyó tres torres que dominaban el puerto de Siracusa; una junto al Olimpeion, otra en Plemmyrion y una tercera en Daskon (Diod., XIV, 7). Sagunto fue atacado, en 218 a.C., con arietes, ya utilizados en el cerco de Cádiz, y con torres (Liv., XXI, 7). El poblado de Covalta estaba defendido por una muralla de tres metros de espesor. El de La Bastida de Les Alcuses tenía dos murallas, una de ellas flanqueada por torres. El de La Escuera estaba defendido con bastiones rectangulares, de los que se ha descubierto uno adosado a la muralla.

Estos poblados para ser arrasados, pues, necesitaban de los modernos métodos de asalto a ciudades introducidos por Cartago, traídos del Oriente ². Es probable que antes que en Sicilia, o al mismo tiempo, la familia de los Magónidas, de fuerte carácter imperialista, quisiera ampliar la zona de influencia en la Península Ibérica de mayor importancia por la riqueza minera. A comienzos del siglo V a.C. o antes, quizás, hubo destrucciones en la necrópolis de Pozo Moro, según datos del excavador de esta necrópolis, M. Almagro Gorbea ³, aunque no creemos que el famoso monumento tenga que ver nada con la necrópolis del 500 a.C. En esta fecha sus sillares estaban ya reutilizados. Después del desastre de Himera, 480 a.C., los Magónidas potenciaron la política africanista de Cartago, que logró entregar a la gran ciudad semita una considerable extensión de territorio, como toda la parte occidental de las montañas de la actual Túnez, Megerda, el Cabo Bon y la parte septentrional del Sahel. El confín occidental del territorio controlado por Cartago debió pasar ahora por el Seybouse, con una serie de puntos fortificados, dispuestos a lo largo de su orilla derecha. Se incorporó a Cartago la región que se encontraba bajo control administrativo de la antigua colonia púnica Hadrumetum. Como muy bien señala E. Acquaro ⁴, la conquista territorial africanista es sólo una faceta de la nueva política emprendida por los Magónidas. Un punto fundamental de su programa era el control de las materias primas del Occidente, como lo indican las expediciones de Hannón y de Himilcón, hacia el 460 a.C. ⁵ La primera tenía por finalidad el establecer nuevas colonias en la costa atlántica

y conocer los ricos bancos pesqueros de la costa. La de Himilcón se organizó para visitar los yacimientos de estaño de Cornualles. Dentro de este programa hay que situar, probablemente, la construcción de los recintos fortificados de Turdetania, en función de controlar los caminos de salida del mineral a las factorías semitas, establecidas en la costa, a imitación de las fortificaciones de Cerdeña, Motya y de las del N. de África ⁶. Sin embargo, no se puede hablar de una verdadera conquista del territorio ibérico por los cartagineses hasta la llegada de los Bárquidas. Se desconoce, de momento, qué importancia tuvo esta política expansionista de los Magónidas en el levante ibérico. La Segunda Guerra Greco-Púnica (409-404 a.C.), la Tercera (397-395) y el fin de las hostilidades en el año 379 a.C., después de la victoria siracusana de Kabala, donde murió el general cartaginés, y de la subsiguiente victoria púnica en el Cabo Cronio, obligaron a Cartago a buscar una alianza con Atenas, lo que explicaría la abundancia de cerámica ática en la primera mitad del siglo IV a.C. en Oretania ⁷ y en el SE ⁸.

Nuevos tratados entre Roma y Cartago, 306 y 279

En ambos se repetían las cláusulas de los precedentes (Pol., III, 24), y en el cuarto, según Polibio (III, 25) se añadían unas alusiones a la guerra contra Pirro. Cartago con ello reafirmaba, una vez más, su gran prestigio político, económico y estratégico, como gran potencia en el Mediterráneo. Confirmaba su zona de influencia, entre la que se encontraba el sur de la Península Ibérica, que era vital para su economía.

Entre los años de finales del siglo IV o la llegada de los Bárquidas, al parecer, data la destrucción de una serie de poblados ibéricos, como la Bastida de les Alcuses, El Puig, Covalta, Cabezo Lucero, La Escuera, Lloma de Galbis, Pixócol, Ladera San Antonio, Mola de Torró, Mola de Agres, Corral de Saus ⁹, todos en Constestania ¹⁰. Posiblemente entonces, o quizás antes, se destruyó la escultura o los edificios que después aparecen entibando las urnas de las necrópolis de La Guardia (Jaén) ¹¹ y del Cabecico del Tesoro (Murcia), cuya destrucción, según su excavador G. Nieto ¹², se debe ya a la acción de los Bárquidas y se sitúa hacia el 238 a.C., como material de deshecho en tumbas del Corral de Saus y empedrando una calle de La Alcudia de Elche ¹³, ciudad que, en opinión de R. Ramos

Fernández, fue destruida hacia 228 a.C. por Amílcar. La destrucción de estos poblados significa la crisis del comercio griego en el Levante Ibérico, ya que es la primera mitad del siglo IV a.C. cuando la presencia de vasos áticos entre los iberos es más fuerte. Esta ruina indica una fuerte oposición de los iberos. En los yacimientos iberos no se documenta, sin embargo, una etapa ibero-púnica, ni en la Albufereta, ni en Tossal de Manises, ni en La Alcudia, como muy bien ha señalado el excelente conocedor de la cultura ibérica E. Llobregat¹⁴. Queda claro, pues, dos grandes etapas de destrucción de los poblados ibéricos y turdetanos, a finales del siglo V a.C. o a comienzos del siglo siguiente (Cigarralejo, Obulco, Pozo Moro?) y desde finales del siglo IV a.C. hasta los años del gobierno de los Bárquidas. Posiblemente, Cartago intentó, según se ha señalado antes, ya antes de la llegada de los Bárquidas y de la Primera Guerra Púnica, ampliar en el levante ibérico la zona de influencia, sin tratarse de una verdadera conquista, como se desprende de la moneda ampuritana, que sigue patronos púnicas¹⁵, y del comercio de las ánforas¹⁶. Quizás, con estas destrucciones originadas con las guerras se relaciona el levantamiento de la muralla de Sagunto en el segundo cuarto del siglo IV a.C.¹⁷.

Sobre la destrucción de los poblados ibéricos E. Pla amablemente me comunica lo siguiente:

«Conoces nuestra posición, mantenida desde hace muchos años, respecto a la cultura ibérica. En el País Valenciano no aparece plenamente formada antes del 500 a.C.: no existe evidencia alguna que con seguridad nos conduzca a fechas anteriores, lo que no descarta que a lo largo del siglo VI existan algunos rasgos que luego se mantengan en la cultura ibérica y que señalan un período en el que ésta se halla en formación.

La destrucción de La Bastida. Se le ha dado una fecha final al poblado por la datación que diera Lamboglia a los vasos áticos de barniz negro, cuyo conjunto identificó con la vajilla de esta clase que existía en Olinto en la fecha de su destrucción (348). Los trabajos posteriores sobre vasos de barniz negro (Morel, Sanmartí, etc.) han afinado más las cuestiones y se han localizado una serie de productos de barniz negro, no áticos, que cubren el período que va desde el final de las importaciones áticas hasta la aparición de la Campaniense A, es decir, poco más o menos, desde fines del IV hasta casi un siglo después.

De todas formas, el 350/330, período que Lamboglia dio para la

destrucción o abandono de La Bastida, y que es el que en algunas ocasiones hemos apuntado Fletcher y yo, es sin duda el momento en que se dejan de recibir los productos áticos en este poblado, pero no necesariamente el de su momento final de vida. Yo creo, y es cosa que hemos de revisar, que hay algunos vasos de ese período comprendido entre lo ático y la aparición de la Campaniense A, así como algunos objetos no cerámicos que llegan hasta el 300 y hasta algo después. Yo creo, y es una impresión personal, que cuando cesan las importaciones áticas el poblado siguió viviendo por lo menos un cuarto de siglo más, es decir, hasta fines del IV o comienzos del III.

Esta prolongación de la existencia de La Bastida se confirma, según mi leal saber y entender, por lo que, según mi mujer, ocurre en Covalta, poblados ambos que en muchas cosas son semejantes. En Covalta existe la evidencia de que cuando dejan de recibirse los vasos de barniz negro áticos, en el último cuarto de siglo IV, se sigue utilizando una vajilla, también de barniz negro, de producción occidental y que, cuando María Angeles redactó su estudio sobre las cerámicas de barniz negro (1971) hizo perdurar hasta el 250. Esta opinión, que entonces pareció descabellada a algunos arqueólogos, ha sido ahora confirmada por Sanmartí, que considera algunos vasos de Ampurias y Rosas, totalmente semejantes a los de Covalta, de un taller de Rhode (en algo había de notarse que Sanmartí es catalán) que trabajó en la primera mitad del siglo III.

Según María Ángeles el tope para la destrucción o abandono de Covalta lo marcaba, entre otras cosas, la inexistencia de Campaniense A, tipo cerámico cuya aparición fijaba entonces Morel en Ischia y en el año 250. Hoy Morel ha precisado más: la expansión por el Mediterráneo occidental de la Campaniense A se realiza a partir del 200, lo que nos autoriza a situar aún más tarde del 250 el final de Covalta. Pero no mucho más tarde, pues el objeto que consideramos más moderno en dicho poblado, es una hermosa fíbula de La Tène II, que puede situarse a principios de la primera mitad del siglo III.

No puede dar más precisiones respecto a otros poblados que vivieron poco más o menos por el tiempo en que lo hicieron Covalta y Bastida. Uno, el de la Mola de Torró, de Fuente la Higuera, próximo a La Bastida, apenas ha sido prospectado y está muy destruido, y parece ser contemporáneo de ésta. Y poco más o menos ocurre con

el de El Puig de Alcoy, cercano a Covalta. Sobre éste puedes consultar una pequeña nota de Vicente Pascual en APL, III.

Creo, pues, que los poblados antiguos ibéricos valencianos fueron destruidos y abandonados (en ninguno de los que he mencionado se vivió con posterioridad) entre fines del siglo IV y la aparición de los Bércidas por estas tierras.

Así, pues, las destrucciones que algunos autores sitúan a comienzos del siglo IV, no las encontramos por aquí.

No creo que podamos relacionar directamente la destrucción de La Bastida con el tratado del 348. Ahora bien, quizá a consecuencia de él los cartagineses reforzaron su actividad en la Península como preparación para una más intensa ocupación, lo que debió producir una serie de turbulencias, que serían aún mayores sin duda después de la Primera Guerra Púnica y que fueron causa del retroceso territorial de los romanos que refleja el tratado del Ebro. Durante este largo período se destruirían además de La Bastida y Covalta, otros poblados de toda la zona costera valenciana. Fuera de nuestras tierras, Gratiniano Nieto propuso para la destrucción del Cabecico del Tesoro, el año 238.

Veas lo que María Angeles dice en las páginas 184 a 187 de su estudio sobre Covalta.

Otro problema es el de la destrucción de las esculturas de piedra que se reutilizan en sepulturas y otras edificaciones. Para las del Corral de Saus yo propuse (Congreso de Vitoria) la fecha que va desde la mitad del IV hasta fines del III, pues de este último momento son las sepulturas en que se utilizaron los fragmentos de esculturas y de un monumento. También de esta fecha es la calle en la que en Elche se reutilizaron otros fragmentos escultóricos. Ahora bien. Cuadrado dice que en el Cigarralejo hay sepulturas del primer cuarto del siglo IV en las que se utilizaron pedazos de esculturas. El problema es, pues, difícil. Pero, en todas partes, a partir de un momento indeterminado del siglo IV, que puede ser durante el primer cuarto, y posteriormente también, las esculturas habían perdido su vigencia. Esto hace que hayamos de pensar, para la fabricación de las mismas, el siglo V o finales del VI y por tanto hechas en el momento de la eclosión de la cultura ibérica o en un período protoibérico, de formación de dicha cultura, y, por lo tanto, creo que se puede pensar que sean productos coloniales, aunque se hicieran aquí.»

El levante ibérico bajo el gobierno bárquida

El dominio bárquida en la Península Ibérica no dejó unas huellas profundas por ser relativamente corto. La Península se convierte ahora en una verdadera colonia de explotación para Cartago, según Dion Casio (12, fr. 48). Ya Amílcar, en opinión de Diodoro (XXV, 10), luchó contra los íberos y tartesios. Cercó, según se ha dicho, a Ilici, ciudad que fue socorrida por el rey Orisón¹⁸, y que debió ser una de las ciudades que se sometieron a Asdrúbal (Diod., XXV, 12). El tratado del Ebro del año 226 a.C., entregaba toda la costa ibérica hasta el río a los cartagineses (Pol., III, 27,9; 15,5; 29,3; 30,3). Las relaciones de Roma con algunas ciudades iberas debían datar de mucho antes. El historiador Polibio (III, 30) escribe «que era también conocido que los saguntinos, muchos años antes de Aníbal, se habían acogido a la protección de los romanos. Prueba la más patente de esto, que aceptaron los mismo cartagineses, es que habiendo estallado una sedición entre los saguntinos, no acudieron a los cartagineses, vecinos suyos, y dueños ya de toda España, sino a los romanos y por medio de éstos consiguieron el restablecimiento de su gobierno.» Este apoyo de Sagunto en Roma tiene una fácil explicación, si se admite, apoyado en la arqueología, que el comercio púnico, antes de la llegada de los Bárquidas, había invadido el levante ibérico y el sur de la Galia; Sagunto, como escribe Livio (XXI, 7) «había alcanzado una gran opulencia, sea por su comercio de mar y tierra, sea por el aumento de población o por la fuerza de su disciplina». Los intereses mercantiles de saguntinos y de púnicos eran encontrados.

La confirmación arqueológica de una vinculación en la primera mitad del siglo III, del levante ibérico, con el comercio de Roma o de Lacio, a través, posiblemente, de Marsella, son las cerámicas de barniz negro, abundantes en el Golfo de León, muy abundantes en el levante ibérico hasta el Cabecico del Tesoro. En la primera mitad del siglo IV a.C. el comercio estaba en estas regiones en manos de los griegos de la Magna Grecia, y en la primera mitad del siglo III se encontraba en poder de los marseleses y de los romanos¹⁹. Sin embargo, Sagunto estaba en la zona de influjo púnico, al igual que Ampurias, como se deduce de la influencia cartaginesa en los tipos monetales de Hércules con la maza²⁰. De momento, la aparición de la moneda de Carthago Nova, fundación por Asdrúbal (Diod., XXV, 12), acuñada a partir del 237 a.C., que seguía en sus orígenes, en sus espléndidas piezas los pesos del triple, doble y sencillo, skekel²¹, no

debió influir poderosamente en la economía. Lo que no cabe duda es que los Bárquidas generalizaron algo, antes de que lo hicieran los romanos, la economía monetar y el paso de la economía de intercambio a la monetar, como lo prueban, además, las acuñaciones gaditanas de plata, de época bárquida, consecuencia de las necesidades militares y de la explotación intensiva de las minas. Las monedas de bronce gaditanas son de clara influencia cartaginesa, en todos los cuños anteriores a la dominación romana ²². Dentro de esta corriente monetar hay que situar la amonedación ibero-cartaginesa de talleres indeterminados, atribuidos por algunos investigadores a Gades y Cabo Blanco. Los ejemplares siguen el patrón del shekel fenicio. El dato que más interesa al contenido de este trabajo, es que las piezas mayores en cobre se expansionaron hacia el norte de la Península Ibérica, llegando hasta Ullastret ²³.

La economía ibérica debe bastante a los sistemas de explotación introducidos por los Bárquidas en lo referente al trabajo de las minas (Carthago Nova), que eran monopolios estatales, copiados de los Ptolomeos de Egipto. Diodoro (V, 35-30) afirma tajantemente que todas las minas hispanas explotadas por los romanos, lo fueron por los púnicos y antes por los iberos. Los romanos siguieron, probablemente, con el sistema de explotación minera cartaginés ²⁴, al igual que en las pesquerías (Carthago Nova), que era un subproducto de las explotaciones de la sal ²⁵. A los cartagineses se debe, igualmente, la introducción del regadío. Cuando el tirano de Siracusa desembarcó en África, la campaña estaba muy bien trabajada (Diod., XX, 8,2-4) y le impresionó profundamente.

El levante ibérico bajo Roma

En general, los pueblos hispanos más civilizados, como los iberos y los turdetanos, apoyaron durante la Segunda Guerra Púnica la causa de Roma, mientras lusitanos y celtíberos eran la base del ejército expedicionario cartaginés en Italia (Liv., XXI, 43,8; 57,5) ²⁶. Los primeros estaban sometidos a las continuas razzias de los segundos, que tenían graves problemas económicos y sociales por la concentración de riqueza en pocas manos ²⁷.

Algunos reyes iberos se pasaron pronto a los romanos, como Edecón (Pol., X, 34), e incluso Indíbil, a pesar de la amistad que este último había tenido con los cartagineses (Pol., X, 35, 37-38).

La terminación de la Segunda Guerra Púnica influyó grandemente en todos los órdenes de la cultura ibera. Comerciantes de Rodas, ya a finales del siglo III, vendían el vino del Egeo en Rosas²⁸. La época helenística se caracteriza por la desaparición de la escultura ibérica en piedra²⁹, a pesar de que este arte no se encontraba en decadencia, ni agotado. Las causas que motivaron esta desaparición no son claras, pues los romanos no liquidaron ni la sociedad ibera, ni su arte. Quizás esta escultura iba unida a un tipo determinado de sociedad, civil o religiosa, que perdió su importancia durante la Segunda Guerra Púnica. M. Tarradell se inclina a aceptar que se trata, sin ninguna clase de dudas, de una muerte venida desde fuera, que impidió que se cerrara la curva que determina las épocas últimas de las series artísticas.

Es probable que las convulsiones de la expansión bárquida, los destrozos de la Segunda Guerra Púnica y la subsiguiente implantación de la administración de Roma motivasen la desaparición de la escultura ibera monumental en piedra. El santuario ibérico del Cigarralejo dejó de funcionar ahora como lugar de culto.

En cambio, conoce la pintura figurada vascular una época de gran florecimiento. Es en el lapso de tiempo que va desde el final del siglo III³⁰ hasta mediados del siglo I a.C. cuando los alfareros ilicitanos produjeron los más bellos vasos decorados, con rostros humanos y estilizaciones de aves, carnívoros, caballos, peces, etc. La influencia púnica es clara en las representaciones religiosas de la diosa alada Tanit entre animales y en la simbología religiosa³¹. La cerámica de Archena es coetánea a la de Elche. La última fase del desarrollo de la pintura ibérica se sitúa geográficamente en la región valenciana, con intrusiones hacia Aragón, Murcia y Cataluña³². Hacen su aparición ahora los largos frisos narrativos con escenas de guerra, de danza, de caza, o competiciones agonísticas. La última fase evolutiva de esta pintura vascular se fecha ya en los siglos II-I a.C. Los conjuntos más famosos son los de San Miguel de Liria.³³ pero este tipo de pintura se extendió por la región valenciana (La Serreta de Alcoy, Oliva, Benidorm, etc.³⁴). Esta misma fecha, a partir del siglo III a.C., se le atribuye *grosso modo*, a la pintura de Azaila³⁵, de una gran estilización y abstracción propia de las poblaciones célticas, donde perviven, también, como ya indicó Poulsen en 1915, temas orientalizantes, como el árbol de la vida, y donde la influencia de cerámicas de Apulias es evidente en los pebeteros. Coetánea es la pintura vascular de Alloza³⁶. Esta pintura es una actividad arte-

sana y eminentemente popular, no sólo por el contenido de sus representaciones, sino por la gente a la que iba dedicada.

Roma no se propuso nunca borrar las culturas indígenas, que a la larga desaparecieron, como en Etruria. Continuaron, en época helenística, importaciones de cerámicas de fuera de la Península Ibérica, como las cerámicas campanienses (ss. II-I a.C.), imitadas aquí³⁷; la gran cantidad de cerámicas helenísticas (alejandrina), aún inéditas, de Carthago Nova y la importación de vinos suritálicos y sicilianos y la terra aretina³⁸. En época helenística fue muy frecuentado el santuario de La Serreta de Alcoy, famoso por sus terracotas.

Mucho favoreció la romanización del levante ibérico el establecimiento de núcleos romanos, como Tarragona, creación de los Escipiones³⁹, la gran base romana de operaciones durante la Segunda Guerra Púnica, y de Valencia⁴⁰, fundada con las tropas procedentes de las guerras lusitanas, y después de otras colonias como Ilici, Barcino y Carthago Nova, en todas las cuales se asentaban veteranos, y se convirtieron en auténticas células de romanización. Carthago Nova se romanizó muy pronto, pues atrajo a gran cantidad de gentes, vinculadas con las explotaciones de las cercanas minas⁴¹, las más importantes de plata de todo el mundo antiguo. A finales de la República el levante ibérico estaba totalmente romanizado, al igual que Turdetania.

Notas

¹ Siguen siendo estudios fundamentales sobre el tema: A. García y Bellido, *Fenicios y Cartagineses en Occidente*, Madrid, 1942; Idem, *Colonización púnica. Historia de España*, I, 42, Madrid, 1975, 337 ss.; J. M. Blázquez, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. Historia de la España Antigua*, I, Madrid, 1979. En general, S. Moscati, *I fenici e Cartagine. Società e costumi*, Turin, 1972; Idem, *Il mondo dei fenici*. Milán, 1979; Idem, *I cartaginesi in Italia*, Milán, 1977; F. Barreca, *La civiltà di Cartagine*. Cagliari, 1972; D. Harden, *The Phoenicians*, 1972; E. Acquaro, *Cartagine: un impero sul Mediterraneo. Civiltà e conquiste delle grande nemica di Roma*, Roma, 1978; A. Parrot, M. H. Chéhab, S. Moscati, *Les phéniciens. L'expansion phénicienne. Carthage*. Paris, 1975; C. Picard, *Carthage*, Paris, 1951; G. y G. C. Picard, *I Cartaginesi al tempo di Annibal*, Milán, 1969; B. H. Warmington, *Cartage*, Baltimore, 1969; F. Decret, *Carthage ou l'empire de la mer*, Tours, 1977; M. Tarradell, *El impacto greco-fenicio en el extremo occidente: resistencia y asimilación*, «Assimilation et résistance à la culture greco-romaine dans le Monde Ancien», Bucarest-Paris, 1976, 343 ss.; A. Beltrán, *Origen y desarrollo de las comunidades ibéricas. Aspetti archeologici dell'Occidente mediterraneo*, «Cuaderni del Centro di Studio per l'Archeologia etrusco-italica» 2, 1978, 11 ss.. con toda la bibliografía menuda.

² A. Moortgat, *The Art of Ancient Mesopotamia*, Londres, 1971, láms. 267. de Asurnarsipal II en Nimrud; 272, de Tiglat-pileser III en Nimrud, ambos relieves con asaltos con arietes; H. Frankfort, *Arte et architettura dell'antico Oriente*, Turín, 1956, láms. 149, de Asurnasirpal II. En Cerdeña los fenicios utilizaban ya el ariete contra los muros desde comienzo del siglo VII a.C. Cf. F. Barreca, *La colonizzazione fenicio-punica in Sardegna alla luce delle nuove scoperte*, «Simposio de Colonizaciones», Barcelona, 1974, 4.

³ *Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro*, «Trabajos de Prehistoria», 35, 1978, 253 ss. El *bustum*, creemos que no tiene nada que ver con el *monumentum*, por la imposibilidad de quemar un cadáver dentro de una cámara; siempre se hacía al aire libre, según representaciones de los vasos griegos (K. Papaioannou, *Griechische Kunst*, Friburgo, 1972, fig. 742, Cremación del cadáver de Patroclo, entre 340-330 a.C.), y según testimonios de las necrópolis, como las de Salamina (V. Karageorghis, *Salamis in Cyprus, Homeric, Hellenistic and Roman*, Londres, 1969, 26. El autor expresamente indica que la pira se encontraba en el dromos de la tumba, o sea, fuera de ella y a la entrada, 117 ss.; las piras estaban situadas próximas a las tumbas o en los dromos, y describe este autor varias piras cercanas a tumbas, como las A.L. y Q. Para quemar un cadáver se necesitaban bastantes horas y una alta temperatura, que hubiera convertido los sillares calizos en cal; tampoco hay documentos para admitir que sobre los *busta* se levantasen los monumentos funerarios.

⁴ *Op. cit.*, 49 s.

⁵ J. Ramin. *Ultima Cerne, Mélanges Dion*, «Caesarodunum», 9 bis, 1974; P. Schmitt, *A la recherche du char des dieux, Mélanges Dion*, «Caesarodunum», 9 bis, 1974; J. Ramin, *Le Périphe d'Hannon. The Periplus of Hanno*, Oxford, «British Archaeological Reports», 1976; Idem, *Le Périphe d'Hanno. Apports de la littérature et hypothèses*, «Latomus», 35, 1976, 791 ss.; G.A. Picard, *Le Périphe d'Hannon n'est plus un faux*, «Archeologia», 40, 1971; G. Germain, *Q'est ce que le Périphe d'Hannon? Document, amplification littéraire ou faux intégral?*, «Hesperia», 44, 1957, 205 ss.

⁶ J. Fortea, J. Bernier, *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*, Salamanca, 1970.

⁷ J. M. Blázquez y otros, *Castulo II*, Madrid, 1979.

⁸ P. Rouillard, *Coupes antiques à figures du IV siècle en Andalousie*, MCV, 11, 1975, 21 ss. La llegada de vasos áticos al Occidente en torno al 400 o poco después, explica la presencia en la Península Ibérica de la cerámica llamada de Saint-Valentin, atestiguada en Ullastret, Illa d'en Reixach, Emporion, La Creueta, Porqueras, Pontos, Cogulló, Guissona, Sorba, Olius, Sant Just Desvern, todos en Cataluña; Mogente, Covalta, Salinas, Ibiza, Archena y Castulo; cf. J. Maluquer, *Cerámica de Sant-Valentin du Ullastret (Gerona)*, «Miscelánea Arqueológica», I, Barcelona, 1974, 411 ss.

⁹ D. Fletcher, E. Pla, *Restos escultóricos de la metrópolis ibérica de Corral de Saus (Mogente, Valencia)*, «Homenaje a A. García y Bellido», III, 1977, 55 ss., principalmente la página 61, nota 5, donde se sugiere que la causa de la destrucción del poblado son los cartagineses, probablemente, al igual que la de Mola de Torró. La fecha de su destrucción se sitúa entre 350-330 a.C., pero según Pla, la vida del poblado dura más tiempo; D. Fletcher, *La necrópolis ibérica del Corral de Saus (Mogente, Valencia)*, Valencia, 1972, 5; Idem, *Museo de Prehistoria de la Diputación Provincial de Valencia*, Valencia, 1974. 163 ss. Considera este autor que la fecha de construcción de los monumentos primitivos, reutilizados en las tumbas, sería el final del siglo V o los comienzos del siguiente. Su destrucción caería en un periodo que oscila entre los mediados del siglo IV a.C., época en que, al parecer, gran número de poblados ibéricos sufrieron grandes quebrantos, y la segunda mitad del siglo III a.C., en que hacen acto de presencia las tropas cartaginesas en el litoral levantino, Con esta ocasión señala D. Fletcher que este fenómeno de destrucción y posterior reutilización de restos escultóricos se documenta en el Cabecico del Tesoro, Cabezo Lucero, El Molar, Llano de la Consolación y un etcétera bastante largo.

¹⁰ E. A. Llobregat, *Contestania ibérica*, Alicante, 1972, 39 ss.

¹¹ A. Blanco, *Excavaciones arqueológicas en la provincia de Jaén*, BIEG, 6, 1959, 89 ss.

¹² *La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)*, BSAA 10, 1944, 173.

¹³ E. A. Llobregat, *op. cit.*, 153.

¹⁴ *Op. cit.*, 72, 77, 82 ss. En el levante ibérico el material púnico no es excesivamente abundante. Cf. E. A. Llobregat, *Las relaciones con Ibiza en la Protohistoria Valenciana. Prehistoria y Arqueología de las Islas Baleares*, Barcelona, 291 ss.

¹⁵ P. Beltrán, *Las monedas griegas ampuritanas de Puig Castellar*. Obra Completa, I; *La Antigüedad*, Zaragoza, 1972, 80 s., 83, 92 ss.; A. M. de Guadán, *Numismática ibérica e ibero-romana*, Madrid, 1969, 157. Las fechan entre los años 300 y 290. El autor habla de la influencia de Cartago en Emporion, no sólo en el aspecto económico. Sin embargo, según este autor, el influjo púnico continuó claro en algunas acuñaciones ampuritanas, posteriores al 264 a.C. Esta influencia desaparece a partir del 218 a.C.

¹⁶ F. Benoit, *Relations commerciales entre le monde ibero-punique et le midi de la Gaule de l'époque archaïque à l'époque romaine*, REA, 63, 1961, 321 ss.

¹⁷ P. Rouillard, *Investigaciones sobre la muralla ibérica de Sagunto (Valencia)*, Valencia, 1979.

¹⁸ R. Ramos, *La ciudad rumana de Ilici*, Alicante, 1975, 129 s. La escultura ibérica pertenece a la ciudad, que fue destruida, que llaman sus excavadores Estrato F.

¹⁹ E. Sanmartí-Grego, *El taller de las pequeñas estampillas en la Península ibérica*. «Ampurias», 35, 1975, 135 ss.; E. Junyent, *Cerámica barnizada de negro del poblado ibérico de Margalef, en Torregrosa*, «Miscelánea Arqueológica», 1, 379 ss.

²⁰ A. M. de Guadán, *op. cit.*, 176.

²¹ L. Villaronga, *Las monedas hispano-cartaginesas*, Barcelona, 1973.

²² A. M. de Guadán, *op. cit.*, 163 s.

²³ A. M. de Guadán, *op. cit.*, 171 ss.

²⁴ A. d'Ors, *Epigrafía jurídica de la España romana*, Madrid, 1953, 73.

²⁵ R. Etienne, *À propos du garum sociorum*, «Latomus», 29, 1970, 297 ss.

²⁶ A. del Castillo, *La Costa Brava en la Antigüedad, en particular la zona entre Blanes y San Feliú de Guixols. La villa romana de Rosas*, «Ampurias» 1, 1939. 189 ss.

²⁷ J. M. Blázquez, *La romanización*, I. Madrid, 1974, 191 ss.

²⁸ L. Villaronga, *Ampurias* 35, 247 ss.

²⁹ *Arte Ibérico*, Barcelona, 1968, 182, 192.

³⁰ R. Ramos Fernández, *op. cit.*, 131 ss.; G. Nicolini, *Les ibères. Art et Civilisation*, Paris, 1973.

³¹ E. Kukahn, *Los símbolos de la Gran Diosa en la pintura de los vasos ibéricos levantinos*, «Caesaraugusta», 19-20, 1962, 29 ss. Para los prototipos, cf. V. Karageorghis. J. des Cagniers, *La céramique chypriote de style figuré. Age du Fer (1050-500 av. J.C.)*, Rome, 1974, *passim*; L. Pericot, *Cerámica ibérica*, Barcelona, 1979, figs. 92-10»

³² L. Pericot, *op. cit.*, *passim*.

³³ C. V. H., *Liria*, Madrid. 1954; L. Pericot, *op. cit.*, figs. 198-285.

M. Tarradell, *Arte Ibérico*, 106 ss., 192 ss.; A. Blanco, *Die Klassischem Wurzein der Iberischen Kunst*, MM. 1. 1960, 101 ss.

³⁴ L. Pericot, *op. cit.*, figs. 171-197.

³⁵ C. V. H., *Azaila*. Madrid, 1945; L. Pericot, *op. cit.*, figs. 364-398; R. Menéndez Pidal (*Colonización suritálica de España según testimonios toponímicos e inscripciones*, ELH 1, 1960, LIX ss.) admite una colonización de gentes suritálicas a principio de la conquista; M. Beltrán, *Arqueología e Historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*. Zaragoza, 1976.

³⁶ L. Pericot, *op. cit.*, figs. 40.3, 406, 413-418.

³⁷ E. Sanmartí-Grego, *La cerámica campaniense de Emporiun y Rhode*. Barcelona. 1978. La aretina pronto fue imitada a finales del siglo I. Cf. E. Sanmartí-Grego. *Nota acerca de una imitación de la sigillata aretina detectada en Emporion*, «Ampurias». 36-37. 1975-75, 251 ss., y así lo fueron todo tipo de cerámicas helenísticas en el levante ibérico.

³⁸ J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania romana*, Madrid. 1978, *passim*.

³⁹ N. Lamboglia, *Il problema delle mura e delle origini di Tarragona*, «Miscelánea Arqueológica», 1, 397 ss. La muralla parece datarse poco después del 211 a.C. Cf. T. Hauschild, *Das römische Tor in des Stadtmaner von Tarragona*, MM, 15, 1975, 145 ss.

⁴⁰ R. Wiegels, *Liv. Per. 55 y la fundación de Valencia*. APL, 14, 1975. 193 w.: J. Esteve. *Valencia. Fundación romana*. Valencia, 1978.

⁴¹ C. Domerge, *Les Planii el leur activité industrielle en Espagne sous la République*. MCV 1, 1965.

Idem, *Les lingots de plomb du Musée Archéologique de Carthagène et du Musée Naval de Madrid*, AEA 39, 1966.

Esta temprana romanización se deduce de la presencia de escultura romana. Cf. A. García Bellido, *Esculturas hispano-romanas de época republicana*, «Mélanges d'archéologie et d'histoire, offerts à Jérôme Carcopino». Paris, 1966. 422 ss. Casi todas se encuentran en el levante ibérico: Ampurias (1), Mataró (1), Badalona (3) Barcelona (5) y Tarragona (4). Los romanos desde el principio de la conquista trajeron modelos clásicos de escultura, como la Minerva de Tarragona, fechada poco antes del 200 a.C. Cf. W. Grünhagen, *Bemerkungen zum Minerva-Relief in der Stadtmauer von Tarragona*, MM 17, 1976. 209 ss.